112

18

J. F. Muñoz y Pabón

La mar negra

113

— La más negra. —
(Histórico)

(II) Otra vez á los insignes colaboradores de El Debate, Carlos Luis de Cuenca, "Curro Vargas", Gregorio García-Arista y Vicente Díez de Tejada... y á cuantos escriban libros, ó los piensen escribir, puesto que hay gente para todo en este mundo.

I

Es la hora del té en el encantado boudoir de la prima de Curro Maqueda, tan vivamente intrigada por todo lo que con el Santo Cristo de Limpias se relaciona.

Están las de Berruguete, que vuelven del
paseo y vienen á interesarse por Enrique,
de quien han oido decir que anda un
poco constipado... El matrimonio Var-
gas (ella, <u>nee</u> Emma Antúnez)... La Mar-
quesa de Pimpollares, con su hija la
encantadora Condesita de Secano... O-
tro ~~Ma~~ matrimonio nuevo, que empie-
za á pagar visitas... El Coronel Ave-
llaneda, que va todas las tardes... La
prima de la señora por de contado
y otros pocos y pocas, cuyo nombre sen-
timos no recordar, como dicen los re-

porteros de periódicos

La señora está encantadora, con un traje de tarde, de crespón azul horizonte con piel de nutria que apura el gusto, sin más joya que el magnífico hilo de perlas que le ha regalado Enrique últimamente, pues tiene la galantería de comprarle uno, cada vez que dan un salto las acciones

—¡Hija: qué lindo!

—¡Hermoso, hermoso, hermoso!

—¡Un marido ideal!

—¡Mi enhorabuena!

—¡Más te mereces!

—¡El broche es lindo!

—Aquí está á la disposición de ustedes.

—Que lo disputes, hija, con salud y que no tarde mucho en regalarte otro.

II

Se habló de chismografía local... de modas... de espectáculos... de las ultimas "comidas aristocráticas" en el hotel y de los "tes elegantes" del restorán. Se comentó el chasco de la boda de Piedad Lora, pues ahora resultaba que el marido no tenía sobre qué caerse muerto. —¡ya ves!: diez hermanos, y unos cincuenta mil duros para entre todos... En fin: como que en el mismo via_

je de novios han tenido que correr burro el
pendentif y las aretas; y ahora, para rema-
te de miserere, un pueblucho de la Mon-
taña, muy bonito para escenario de una novela de Pereda; pero
sin más sociedad ni más trato, que el
de la suegra y las cuñadas, que son
insoportables, (figúrate que no quieren
que coma el pero con ellos en el come-
dor), donde está la pobre muchacha,
que se ahoga. — "Tu desgraciada amiga,
Piedad" — es como firma las cartas. Una
postal, por cierto muy bonita del Cristo de
Limpias le mandó ayer á Coral, y
se firmaba lo mismo.

III

—Oye: á propósito del Cristo de Limpias. ¿Hay algo nuevo?

— Que yo sepa, no. Un librito, nada más, que ha publicado ahora Muñoz Pabón, que por cierto no me ha gustado ni chispa. Lo vi anunciado en El Correo de Andalucía y lo compré, y ¡qué lástima de peseta!

—¿Tan malo es?— preguntó Avellaneda.

— No es que sea malo. Sino que no dice nada. Lo lee una, y se queda lo mismo que estaba, sin saber á qué atenerse. Ni le dice á usted que sí, ni

le dice que no; sino mucho "adoremos y esperemos!".. ¡Pues para ese viaje no se necesitan alforjas!

— La cosa es peliaguda — replicó Avellaneda — para afirmar ni negar en rotundo. Y me parece prudente que el escritor ~~que~~ no se arrogue atribuciones que no tiene. ¿Quién es ningún Don Juan particular, para definir ex cathedra, y en un asunto así?

— Pues, hijo: para eso, que no se escriba, ni se le saque á una su dinero, para dejarla á una tan a oscuras como estaba. Para adorar, se va una á las Re-

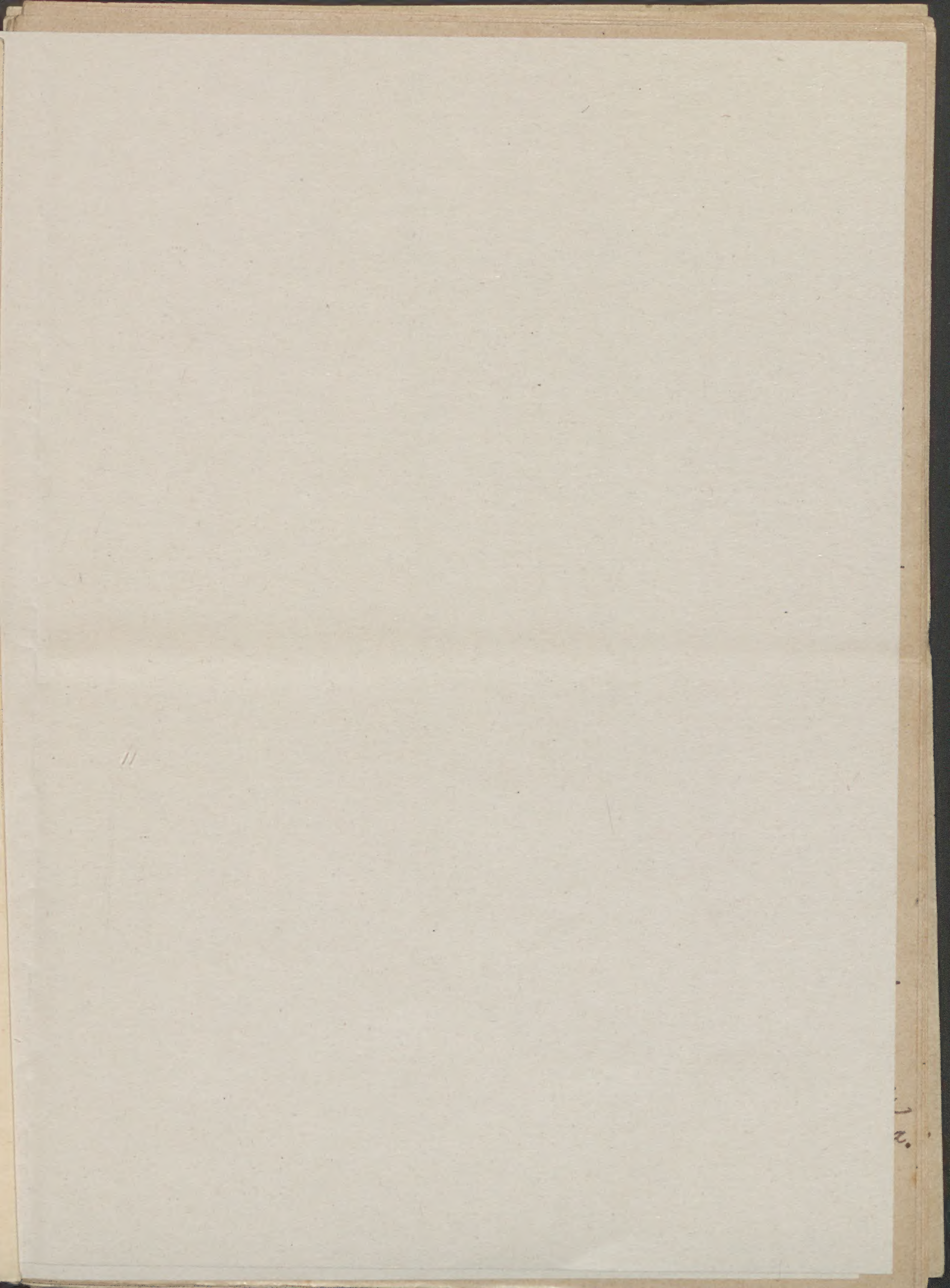
paradoras á la hora de la bendición, y para esperar se ~~va~~ sienta una ~~á~~ en la antesala del dentista... te lo voy á mandar, Concha, (Concha era la señora de la casa, ó séase la prima de Curro Maqueda), para que lo leas, á ver si tengo ó no tengo razón. En cuanto llegue á casa te lo mando. ¿Dónde lo tengo, Aurora?... ¡Ah! ¡ya! ¡sí! En el cierro del <u>hall</u>, sobre la mesa de San Antonio.

—No me lo mandes —replicó la dama; —porque lo tengo ahí, sobre la mesilla de noche justamente. Me lo traje

la otra tarde; (la antevíspera de los Santos me parece que fué, que salí con Carmela) de casa de mi tía Concha, sólo que no lo he leído todavía... La verdad es que no tiene una tiempo para nada.

Juan F. Muñoz Pabon

Paton 22.



Carton 26.